

UN NUEVO EQUILIBRIO DE FUERZAS EN ORIENTE ARABE

La primera, la grave derrota de Israel en esta fase de la larga guerra con los países árabes consiste en la pérdida del mito de su invulnerabilidad. El material perdido podrá reponerlo con cierta facilidad su nación-nodriza, los Estados Unidos; sus fronteras originales podrán ser salvadas por la misma garantía, por las Naciones Unidas; sus finanzas se restablecerán por la ayuda judía mundial. Pero la caída de una colección de mitos va ser difícil que se levante ya. A menos de un rápido y fulgurante éxito militar, que parece difícil. Ha caído la idea de que su servicio de información era el mejor del mundo; Israel no se enteró de la inminencia del ataque. El del mejor ejército del mundo, que se le otorgó en la campaña anterior. Queda al descubierto el fracaso de su diplomacia, que reiteradamente se ha negado a establecer unas condiciones de paz permanente. Se está hundiendo su sistema de propaganda: la información que trasmite por sí o por sus agentes en el mundo es mala, incompleta, y rápidamente se comprueba que es inexacta.

Al mismo tiempo desaparece el «complejo árabe», la idea de desorden y caos que estaba apegada a sus dirigentes y a sus políticos. La lentitud con que otros países árabes van colaborando en la guerra con los que la iniciaron, Siria y Egipto, es una muestra de que ahora van creyendo que se puede ganar.

¿QUE se puede ganar, ¿qué? Esa es otra cuestión. Los árabes han enunciado desde el primer día que su objetivo era el de recuperar los territorios perdidos. Esto es algo que desazona a los palestinos; lo que ellos tratan de recobrar es el territorio perdido por ellos mismos, Palestina, sobre la cual se implantó artificialmente Israel. Cunde en los palestinos la idea de una «guerra calculada», en la que se desatienden sus intereses, en la que la fijación de los límites de antes de la campaña anterior —de la llamada «guerra de los seis días»— supone un reconocimiento del estado de Israel; de que la URSS consiente en su ayuda a condición de que se detengan ahí las hostilidades, de que los Estados Unidos intervendrían con dureza si se sobrepasaran esos límites. Incluso de que Jordania ha convenido su intervención en esas condiciones. Aún se dice que si en el frente sirio el avance de Israel se ha hecho más fácilmente es porque lo defienden principalmente los guerrilleros palestinos, a los que nadie presta ayuda, con la esperanza de verlos aniquilados. Son ideas propias de un pueblo maltratado por todos en los últimos años.

TIENEN una verosimilitud. No tanto en el aspecto de que esta guerra haya sido convenida previamente, lo cual parece excesivo, sino en el de que la salida de ella no parece otra: la recuperación de sus fronteras por los países árabes, y a partir de ella, una negociación definitiva, que garantice al estado de Israel su independencia y su seguridad, y a los países árabes, la integridad de sus territorios. ¿Y los palestinos? Se habla ya de la creación de un país a un lado, tal vez los dos, del Jordán, mediante cesiones territoriales de Israel y de Jordania. Un pequeño país interior, oprimido por vecinos poderosos, con un régimen que habría que definir y que no sería del agrado de los vecinos árabes: un país origen, sin duda, de nuevos conflictos en el futuro. La otra alternativa es la exterminación, o la resignación.

ESTA cuestión no es sólo de los palestinos. Otros muchos árabes tienen un sentido mucho más amplio, mucho más concreto, de lo que es el enemigo y de lo que supone. Durante los veinticinco años transcurridos desde la implantación artificial de Israel y la llamada primera guerra se les ha instruido suficientemente de lo que suponía esta implantación como medio de continuar una colonización por parte de Occidente, de mediar en riquezas o poderes naturales —el petróleo, el Canal de Suez— y no la han aceptado más que como consecuencia de una relación de fuerzas; si esta relación de fuerzas se altera, no será fácil que acepten aquellas fronteras. Ni tampoco las razones por las cuales la nación árabe está dividida en grupos y regímenes. No sería fácil detenerlos en las fronteras de Israel, si llegaran a ellas, ni declarar disuelta la solidaridad árabe en un momento determinado. Este es uno de los fondos de la guerra a los que no hay que perder de vista. Por eso no parece que esta batalla vaya a ser la definitiva.

TODO ello atrae un punto de gravedad a la situación internacional. La guerra del Oriente árabe es algo más que un conflicto local. La Unión Soviética y los Estados Unidos están implicados en ella. Sus intereses primordiales son los de colaboración mutua: nada le interesa a Nixon tanto en estos momentos como continuar la coexistencia, y lo mismo puede decirse de Brejnev. Pero no están solos. La broma de que «los Estados Unidos son un satélite de Israel» es algo más que una broma. Israel, para los Estados Unidos, es una pieza clave del Mediterráneo y de su penetración en África: forma parte del sistema de sus aprovisiona-

mientos de petróleo. No lo va a dejar perder en ningún caso, ni siquiera por continuar la amistad con la URSS. En la URSS, en torno al pacificador Brejnev, hay también grupos militares y políticos que creen que la era de las concesiones debe tener algún final. La mayor urgencia de los Estados Unidos y de la URSS es la de llevar a árabes y a israelíes a una mesa de negociaciones, donde la nueva relación de fuerza ayude a alcanzar una situación realmente estable. La lentitud del Consejo de Seguridad, la de las ofertas de mediación, tiene por objeto ahora, probablemente, dejar que la situación militar se prolongue con objeto de forzar a los contendientes a que acepten no solamente una tregua más, otro alto el fuego, sino algo más definitivo. Se ha visto ya lo que dan de sí las treguas o las suspensiones de hostilidad: una vez conseguidas, las negociaciones fracasan, porque no las acepta el país que ha quedado en mejor posición. Puede haber un momento en que el desgaste humano sea tan fuerte —se habla de 25.000 muertos por los dos lados en los cinco primeros días de la guerra; una tasa de 5.000 diarios— que unos y otros pidan con alguna insistencia la mediación de los demás.

PERO no esté excluido que la situación se les vaya de las manos. No está excluido que se le vaya al propio Sadat, que se les vaya a Israel. La situación de las dos grandes potencias principales responsables del Oriente árabe no sería nada fácil. Entre ellas mismas. Sus relaciones respectivas no dejarían de deteriorarse. Si los «duros» de cada país presionan, y los viejos intereses de la guerra fría se despiertan en que el desgaste humano sea tan fuerte, se implantaría un período de grandes dificultades internacionales. Por un período limitado, en todo caso. El mundo de la coexistencia está demasiado organizado ya, se ha avanzado mucho en su camino: no se puede perder.

EL resumen de consecuencias de esta situación arroja algunos puntos: 1.º ni la URSS ni los Estados Unidos van a dejar a sus respectivos amigos del Oriente árabe perder esta guerra hasta el punto de la destrucción; 2.º ni la URSS ni los Estados Unidos van a enfrentarse entre sí hasta el punto de perder la coexistencia; 3.º los países árabes saben hasta qué punto su ofensiva puede permitirles llegar sin riesgo mayor; 4.º Israel debe estar aprendiendo amargamente que debe aceptar ciertas concesiones (considerando concesiones el abandono de territorios conquistados por la fuerza) en vista de que la infabilidad ha terminado; 5.º los pueblos árabes no se conformarán con llegar al Rubicón sin atravesarlo si las fuerzas de sus armas es favorable, y una contención política y diplomática del esfuerzo sangriento que están haciendo puede llevarles, más adelante, contra sus gobiernos; 6.º los más fanáticos judíos del mundo entero, sobre todo los que están fuera de Israel, no se conformarán fácilmente con las concesiones que exija una conferencia de paz válida, y tratarán de obtener más adelante alguna forma de revancha, de venganza; 7.º los palestinos no aceptarán ninguna forma de solución que no tenga en cuenta sus intereses nacionales, y si no se les da o no se les extermina —lo cual no hay que excluir de los propósitos de todos— continuarán sus actos de comando y guerrilla en la zona y en el mundo entero.

LA contradicción entre todos estos puntos es característica de los conflictos de nuestro tiempo, y específicamente de éste desde hace veinticinco años. Quiere decirse que sólo se obtendrá, como de costumbre, una solución provisional, aunque tenga todo el carácter de permanente o definitiva. Ninguna guerra es resolutoria, todas engendran otros problemas posteriores. Esta batalla tampoco va a serlo. Pero tiene un aspecto enormemente positivo: el del restablecimiento de la noción real del equilibrio de fuerzas, el de la visibilidad de los problemas. Ya no es Israel quien domina la región, ya no son los países árabes los sometidos a los manejos de los otros, a sus represalias, a su terrorismo, a su orgullo racial. Ahora se sabe que hay que contar con su fuerza. Antes, no.

Obuses israelíes en el frente de las alturas del Golán.

